

La traza de la liebre que permanece tendida durante largo tiempo dura naturalmente mucho más que la de la liebre que corre: la primera imprime la señal de su paso en el camino; la segunda va rápidamente: la tierra se halla pisoteada por la una, y se halla apenas desflorada por la otra.

El olor de la huella es más penetrante en los bosques que en las tierras de escasa vegetación. En su carrera, las liebres se paran, rozan por doquier, se acuestan bajo los árboles ó en lechos de yerba.

La liebre que dormita escoge en invierno lugares recogidos y abrigados: las umbrías durante los calores; en la primavera y en otoño, los sitios donde penetran los rayos del Sol.

La liebre de rápida carrera está siempre avisada y alerta, por temor á los perros.

La liebre, acostada, adelanta una de las piernas traseras, une y entrelaza las patas delanteras, coloca sus mandíbulas sobre las extremidades, y deja caer sus orejas sobre los omoplatos. Con sus orejas cubre también las partes más delicadas de su cuello, y generalmente su pelo, espeso y flojo, le sirve de abrigo.

Cuando está despierta mueve los párpados, pero durante el sueño los tiene abiertos é inmóviles, y sus ojos se hallan desmesuradamente fijos; y durmiendo agita con frecuencia las ventanas de sus narices, y mucho menos á menudo cuando está en vela.

La liebre prefiere las tierras labradas á las montañosas. Cuando se sigue su pista, se nota que se para á menudo, excepto durante la noche, porque entonces se trueca en excesivamente tímida y no se atreve á pararse.

La liebre pasma por su fecundidad. Apenas la hembra ha parido, que recibe ya las caricias del macho, y algunas veces se halla ya embarazada.

Las huellas de las liebres jóvenes son más visibles que las de las grandes; porque, como sus miembros son muy tiernos y delicados, los arrastran sobre la tierra.

El cazador da libertad á estos recién nacidos en honor á Diana. Las liebres de un año hacen con gran rapidez la primera carrera, pero no muestran el mismo aliento en las otras, porque, si bien tienen mucha ligereza, carecen en cambio de fuerza.

Para descubrir la huella de una liebre, el cazador conducirá los perros al sitio más elevado de las tierras cultivadas. La liebre, cuando no se dirige á las tierras labradas, permanece, ordinariamente, en las praderas, en bosquecillos, cerca de riachuelos y algunas veces en los sitios pedregosos y en los bosques.

Cuando la liebre sale tened cuidado de no alborotar,

á fin de evitar que los perros, desconcertados, no hallen las huellas.

La liebre perseguida por los perros atraviesa charcos y arroyuelos, da mil giros y vueltas, se retira en el hueco de una roca, donde se arrolla, formando una bola.

La liebre teme, no sólo á los perros, sino también á las águilas. Cuando tiene sólo un año, y franquea las alturas ó los terrenos sin vegetación, corre el peligro de servir de presa al rey de las aves; y cuando tiene más edad corre el peligro de ser perseguida, alcanzada y cogida por los perros.

Las liebres de la montaña corren más rápidamente que las de la llanura. Las que vagan por terrenos encharcados, cerca de las playas, son más lentas; pero difícilmente son cogidas las liebres errantes, porque conocen á maravilla los caminos cortos y tienen gran ventaja, ya sea subiendo, y en terrenos unidos ó desiguales, pues corren con la misma rapidez, pero no bajan con igual facilidad.

Las liebres que se persiguen en una tierra recientemente labrada son descubiertas con más facilidad, sobre todo si tienen el pelo rojo; á éstas el reflejo les hace traición; se les ve también fácilmente en los senderos desembarazados y en los caminos llanos, porque su pelo lustroso llama la atención; pero en cambio, cuando franquea sitios pedregosos, montes, malezas y bosques, es más difícil ver á la liebre, por la confusión de colores.

Cuando la liebre ha tomado la delantera á los perros, se para, se sienta; después se yergue para escuchar si los ladridos ó rumores de los perros se hallan cerca. Aléjase en seguida del sitio donde oye ruido; algunas veces, bien que nada oiga, cree aturdidamente que percibe rumores, y vuelve, saltando sobre sus primeras huellas, y las corta en todos sentidos.

Las liebres sorprendidas en los sitios desiertos realizan muy largas carreras, porque la falta de vegetación les ofrece ancho campo; pero las que han sido levantadas en un bosquecillo espeso y frondoso corren poco, porque la oscuridad las detiene.

Existen dos especies de liebres: unas grandes, negruzcas, que tienen una gran mancha blanca sobre la frente, y otras, más pequeñas, un poco amarillentas y con la mancha blanca más pequeña; la cola de las unas muestra una mancha redonda y otras prolongadas. Unas liebres tienen los ojos bastante negros, y otras azulados; unas ofrecen la punta de las orejas, en gran parte, negra: otras apenas tienen manchada la piel de este color.

Se encuentran prodigioso número de liebres en la mayor parte de las islas, ya sean habitadas ó desiertas, y en mucha mayor cantidad que en los continentes, porque en la mayor parte de estas islas no se ven á las águilas y zorras hacerlas víctimas de su voracidad.

Las águilas habitan, con preferencia, las altas montañas, y por punto general las de las islas tienen menos elevación que las de los continentes; y, por otro lado, los cazadores visitan poco las islas desiertas, y en las habitadas hay pocos hombres y muchos menos cazadores.

En las islas sagradas está prohibido el introducir perros; y allí, pues, las liebres se multiplican hasta lo infinito.

La liebre no tiene una vista penetrante, sus ojos son salientes, sus párpados, muy cortos, no pueden juntarse para cerrarlos, lo que produce la visión vaga y confusa, y, aunque duerma á menudo, no descansa por esto su vista. La rapidez de su carrera contribuye mucho á tener turbia la mirada, y antes que pueda distinguir objeto desvía sus miradas. Por otra parte, el temor á los perros, cuando es perseguida, le quita toda previsión; así es que tropieza á derecha é izquierda y cae imprudentemente en las redes.

Rara vez sería cogida la liebre si siguiera el camino en línea recta; pero, atraída en cierto modo por los lugares que la han visto nacer, da vueltas sin cesar á su alrededor, y es cogida al fin.

Cuando los perros han cogido una liebre, rara vez se debe á la rapidez con que han corrido, porque ningún animal de su aproximado grandor le aventaja.

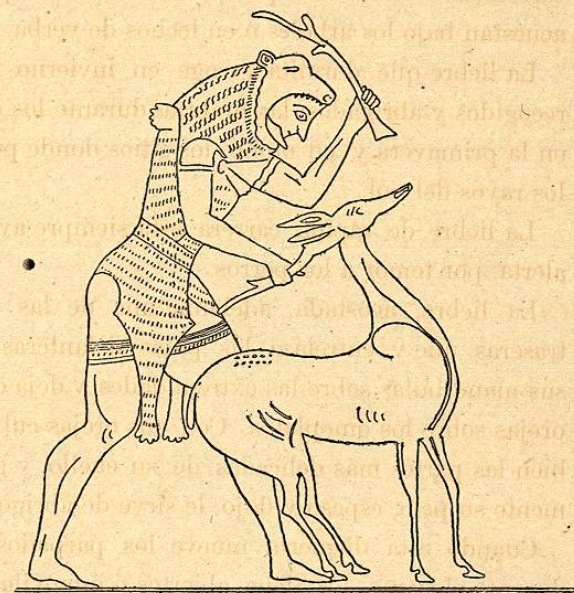
Hé aquí la estructura de su cuerpo: la liebre tiene la cabeza ligerísima, pequeña, inclinada, estrecha por delante; las orejas colgantes, muy altas; el cuello delgado, redondeado, bastante largo; los omoplatos desembarazados y derechos, las piernas de delante ligeras y compactas, el pecho libre, los lados delgados y proporcionados, los riñones arqueados, cóncavos y carnosos; los ijares muelles, las caderas redondeadas, de forma circular; los muslos prolongados y compactos, los músculos externos bien desarrollados, los pies de delante esbeltos, y sus extremidades estrechas y derechas, apropiadas para un terreno duro; las piernas de detrás mucho mayores que las de delante, encorvadas hacia fuera; y el pelo corto y ligero. ¿Cómo un animal así constituido no ha de ser forzosamente fuerte y ligero?

La prueba de su ligereza natural está en que, aun sin ser perseguida, y en su marcha normal, va dando saltos y botes, y jamás se verá una liebre que vaya al

paso; y salta colocando los pies de atrás hacia fuera.

Cuando la liebre se halla en peligro, su cola le facilita su carrera por ser corta, pero lo suple con una ú otra oreja cuando se halla próxima á ser alcanzada por los perros.

Absteneos de cazar en tierras sembradas, sean cuales sean las simientes; evitad las corrientes de agua y de



Cazador y la cervatilla (pintura de un vaso)

las fuentes, y, sobre todo, de perjudicar á nadie, pues el ciudadano debe cumplir, ante todo, la ley.

VI

Vuelve Jenofonte á ocuparse de los perros de caza.

«El collar, la trailla, las correas laterales: hé aquí el adorno del perro de caza. El collar será flojo, bastante ancho para no estropear la piel del animal, y las traillas tendrán un anillo para ser cogidas con la mano, y es perjudicial formar un collar con la trailla misma; las correas laterales serán de cuero ancho, á fin de no herir ni molestar sus ijares, y será guarnecido de puntas de metal. No llevéis á cazar á los perros cuando muestran asco á la comida que se les presenta, seguros de que están enfermos; ni cuando el viento impetuoso sopla, porque disipa el olor de las huellas, y el perro nada percibe. Lo más prudente es salir, cuando no existe ningún obstáculo, cada tres días. No los empleéis en perseguir á la zorra, porque sería estropearlos. Cambiaréis de comarca,

tanto para amaestrarlos á cazar por todos lados como para adquirir los cazadores noticias y conocimientos sobre el país; saldréis de mañana á fin de descubrir la huella, porque el olor que exhala la huella de la liebre es mayor al amanecer.

El guarda ó vigilante de las redes debe llevar un vestido muy ligero, y tenderá su *arkys* en senderos escabrosos, asperos, en terrenos inclinados, en revueltas, en lugares oscuros, junto á riachuelos, barrancos y en los linderos de torrentes rápidos; porque en todos estos sitios suele retirarse la liebre.

Al colocar las redes cerca de los sitios en que se busca la liebre, ésta podría espantarse al oír los rumo-



Cazador (pintura de un vaso)

res y ruidos que hacen los cazadores. Por lo que, si deben colocarse las redes á gran distancia unas de otras, es mejor aprovechar la noche para la tarea de limpiar y preparar el terreno en que las redes deben ser tendidas. En los sitios que no ofrecen obstáculos se colocarán las horquillas inclinadas, á fin de que tengan alguna resistencia. Se tenderá igualmente de una á otra horquilla la red, teniendo cuidado de que la bolsa se halle en el centro.

Se tenderán los *dictya* en las llanuras; los *enodias* en los senderos y fuera de los caminos.

El cazador saldrá al campo vestido ligera y sencillamente, empuñando el bastón, y seguido del guarda ó tendedor de las redes. Caminarán en silencio para que la liebre, si está cerca, no oiga extraños rumores y huya. Llegados al punto de partida, el cazador lanzará á los perros en persecución de la liebre.

En invierno empezará así que apunte el Sol, en ve-

rano antes del día, y en las otras estaciones entre los dos intervalos.

Así que el primer perro habrá hallado la huella, soltará el cazador otro, y así sucesivamente, de uno en uno, se les seguirá, sin aguijonearles demasiado, llamando á cada uno por su nombre, bien que no con frecuencia, á fin de que no se animen y enardezcan antes de tiempo.

Imaginad á los canes, alborozados y llenos de noble ardor, lanzarse, descubrir dos ó tres huellas, seguir las afanosos, cortar el terreno, describir un círculo; y, tan pronto en línea recta como oblicuamente, penetrar en las espesas malezas, en los claros, en los senderos conocidos y desconocidos, precediéndose los unos á los otros, agitando sus colas, bajas las orejas, y con el fuego en los ojos. Llegados cerca de la liebre, la señalan al cazador, agitando todo el cuerpo y la cola. Llegan, al fin, junto á la liebre, se lanzan sobre ella, que huye ligeramente entre ladridos y clamores, y entonces es la ocasión propicia en que el cazador alienta á los perros con la voz y el gesto.

La liebre, al huir, se pierde pronto de vista; en general da vueltas alrededor del lecho de donde se la ha sacado. «¡A ella! grita el cazador. ¡A ella! criado. ¡Oh, aprisa!» Y el criado que se halla junto á las redes hace, al fin, una señal para indicar si la liebre ha sido cogida ó no.

Si es la primera carrera, se llamará de nuevo á los perros para buscar otra liebre.

Cuando los perros, al perseguir la liebre, se hallen con el cazador, éste les animará con sus gritos; pero si adelantan demasiado, de suerte que el cazador no pueda seguirles, ó les haya perdido y no oiga sus ladridos, pedirá á los que se encuentren en su camino si saben dónde se hallan para reunirse con ellos. Pero si los canes siguen las huellas, entonces debe llamarlos, cada uno por su nombre, empleando diferentes matices é inflexiones de voz. Si se halla en una montaña donde los perros corran, les alentará diciendo: «¡oh lebreles! ¡oh lebreles!»; pero si les ve que han traspasado las huellas gritará: «¡á mí lebreles! ¡á mí!»; y si les ve seguir cerca de las trazas, pero que éstas en algunos sitios se borran y desaparecen, en el sitio donde esto ocurra y vea vacilante el cazador al perro, debe acariciarle y alentarle.

Curioso es ver á los canes en estos momentos de vacilación como se conciertan y parece que se comunican sus impresiones y seguir al fin con rapidez la carrera.

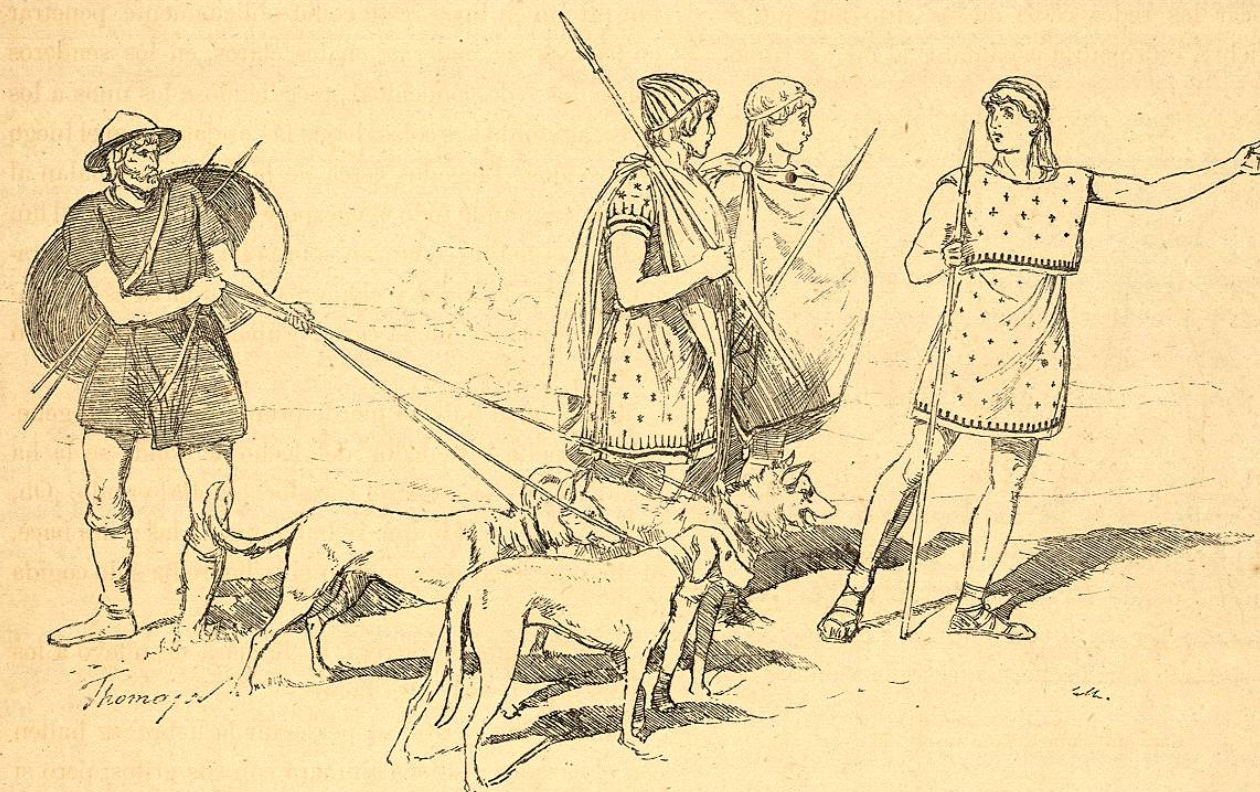
Cuando los perros han cercado la liebre, el cazador

ha de procurar que el animal, espantado por los perros, no salga del recinto. Los canes agitando su cola, echándose los unos sobre los otros, dando mil saltos y brincos, levantando la cabeza, y volviendo los ojos al cazador, levantan la pieza.

La liebre, así perseguida, ó bien se mete aturdidamente en la red ó huye, lo que el guardián indicará lanzando gritos característicos.

El cazador á despecho de que los perros estén fatigados, debe continuar persiguiendo á la liebre, que

también se halla muy cansada, y entonces debe registrar cuidadosamente el terreno, porque es seguro que la liebre se halla acurrucada, llena de cansancio, y señoreada por el temor de algun pequeño pliegue del terreno. Dirigirá allí á sus perros, les animará con el gesto y la palabra, sobre todo á los de carácter dócil, hasta que hayan matado la liebre ó bien hayan logrado que dé en el artificio. Después se levantarán las redes y se frotarán los perros y se dará fin á la caza. Es prudente que el cazador al mediodía se detenga á



Expedición venatoria en Grecia

la sombra de algun arbol para evitar que los perros se aspeen.

En invierno, durante la interrupción de los placeres venatorios, haréis cubrir á las perras, y merced al reposo y cuidado os proporcionarán en la primavera una buena raza, estación propicia para aquellos animales.

Durante catorce días las perras muestran especial aptitud para concebir, momentos que debe el cazador aprovechar para brindarles canes de buena raza. Cuando están preñadas, no deben ir de caza á fin de que el exceso de ardor no produzca un aborto. El tiempo de la gestación dura sesenta días.

Apenas nacidos, dejad los pequeñuelos al cuidado de la madre y no cometáis la imprudencia de entregarlos á otra perra, pues una leche y cuidados extranjeros

dificultarían su crecimiento, y nada es para los cachorros más dulce y benéfico que la leche materna, sus cuidados y tiernas caricias.

Pronto los perritos irán de uno á otro lado, pero durante un año dadles leche y un poco de los alimentos de que han de nutrirse en lo sucesivo. Un exceso de alimento desforma sus piernas, les produce enfermedades y perjudica á su desarrollo.

A fin de poder distinguir á los canes, se les bautiza con distintos nombres, que suelen ser cortos: Psyche, Thymos, Porpax, Styrax, Lonché, Lochos, Phroua, Phylax, Taxis, Xiphon, Phonax, Phlegón, Atcé, Teuchon, Thallon, Rhomé, Anthée, Hébé, Gethens, Charo, Leusón, Angé, Polys, Bía, Stíchón, Spondé, Bryas, Onias, Sterros, Grangé, Kainon, Tyrbas, Sthenon, Ai-